

La quema del viejo Wayne

Calor, mucho calor, ¡no!, muchísimo calor, ardor.

Pequeñas ráfagas de viento gélido y olor a madera quemada.

Cada una de estas imágenes se sucedía por la mente del pequeño y mohoso «John Wayne», como le habían llamado durante generaciones en aquella casa. Todavía portaba un sombrero de vaquero hecho de cartón forrado de terciopelo color café y un chaleco de flecos de lana, mientras que una pequeña placa de chapa en forma de estrella coronaba la parte izquierda de su pecho. La piel que recorría cada centímetro de su cuerpo se iba cuarteando cada vez más. Los pequeños ojos negros en forma de canicas estaban picoteados por el paso del tiempo y del antiguo pelo lanudo solamente quedaban algunos mechones desperdigados a través de la cabeza. La tela de su ropa estaba enmohecida y de ella emanaba un olor nada agradable. Durante los últimos años había permanecido solo en un antiguo baúl de madera de pino y el polvo y la humedad de las goteras esparcidas por toda la estancia se habían encargado de hacer el resto del estropicio que se presentaba a lo largo y ancho de su frágil y magullado cuerpo.

Días atrás dos personas desconocidas llegaron de la nada y lo sacaron de su escondrijo de madera. Al principio fue confuso, se llevaron el viejo baúl y todos los muebles de madera que estaban a su alrededor fueron desapareciendo uno tras otro hasta quedar en la estancia él, sentado junto a una pared en serio riesgo de derrumbe, y el cuerpo de una rata en descomposición. Así pasaron algunos días con sus noches. Nunca se había sentido tan desnudo y olvidado. El frío de la noche ahora se hacía insoportable. Sin su pequeño escondrijo de madera las gotas que regaba la densa niebla al caer la madrugada se clavaban en su piel como agujas afiladas. La sensación de abandono y soledad era acuciante, le dolía más que el frío.

Durante siglos, el pequeño Wayne había tenido muchos nombres. Había vivido entre reyes y personas poderosas, amigo de filósofos y emperadores; ovacionado siempre por sus más fervientes seguidores. Y, pese a ello, ahora estaba solo y dependiendo de la voluntad de otros para seguir con vida. Fue durante las primeras décadas del siglo XX cuando disfrutó de su último cuerpo humano antes de pasar a ser el pequeño John Wayne. ¡Oh, qué gran época! Cuando alcanzó su mayor fama mediática gracias al nombre de Aleister Crowley. Sin embargo, hacía ya más de medio

siglo que su excéntrica personalidad y su obsesión por la alquimia le habían llevado hasta su actual situación. Había pasado de ser un líder nato a un objeto, en apariencia, completamente inanimado. Carente de voluntad para el movimiento, el lenguaje o la expresión. Subordinado a la voluntad de otros, normalmente niños, que le habían ridiculizado vistiéndolo con ropas hechas de retales o lanzado desde alturas inimaginables. Le habían cosido todas las partes de su piel, desde la cabeza hasta los pies. Su cuerpo estaba completamente mancillado y todavía no había encontrado el modo de deshacerse de él. Solamente quería la eternidad, una vida eterna. ¿Era pedir tanto? El frío y la humedad que le calaban cada ápice de su ser le hicieron sucumbir en un estado de aletargamiento del que solo fue despertado cuando un par de manos sudorosas lo agarraron por la cabeza para sacarle de aquel lugar, el mismo que había sido su refugio seguro durante muchos años.

El pequeño Wayne no entendía nada. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¿Qué hago aquí? E instantes después, como si su cuerpo inanimado hubiera pasado por un proceso de desdoblamiento astral se vio a sí mismo atado en lo alto de una enorme pira de madera. Había algunas más alrededor pero, sin duda, la suya era la más alta. En la parte superior del resto de las hogueras diseminadas por toda aquella calle también se observaban monigotes mal pertrechados. Las jarras de gasolina eran bien visibles y por su cabeza pasaba la horrible idea de morir asfixiado por el humo antes de que las llamas llegasen, siquiera, a rozar su pequeño cuerpo de tela.

Las horas iban pasando y la luz fue sustituida por la oscuridad dos veces. ¿Cuánto tiempo más estaría allí? ¿Qué era esta tortura? Cuando por equivocación, casi setenta y cuatro años atrás, entró en el cuerpo de un estúpido muñeco de tela jamás pensó que este podría ser su final; su odioso e irrelevante final. El viento y la humedad de la noche hacían que los pocos mechones de lana de su chaleco comenzaran a caerse por la podredumbre y la tortura de ver cerca el final no le abandonaba nunca.

Su propio desenlace se presentaba ante él y no, no iba a ser nada agradable. Tal y como se visualiza en algunas películas cuando las personas van a morir y ven su vida pasar como si fueran diapositivas a toda prisa. Las vidas humanas son muy diferentes a las de las plantas: nacen, crecen, se reproducen y mueren. A lo largo de su extensa vida había muertes desagradables, y a su cabeza afloraron cada una de las escenas de las que durante siglos fue espectador de primera mano: la caza de herejes en Castilla, la quema

de brujas en Alemania durante el siglo XVI. ¡Si había sido uno de los instigadores de Kramer y Sprenger para la elaboración del Malleus Maleficarum! ¡Malditas brujas! ¿Así se lo pagaba la historia?

Y llegó el momento.

La música de los «coros y danzas» sonaba desde el otro extremo de la calle y las notas comenzaron a bailar en el pequeño Wayne. Era la hora. Las campanas de la torre de la Iglesia de la Purificación tronaban con fuerza. El olor a embutidos a la barbacoa inundaba su nariz y las voces del gentío alrededor de la hoguera hacían más demoledor su miedo a morir calcinado. A sus pies, el chisporroteo del fuego alcanzaba a retumbar con el mismo estruendo de las campanas que habían repicado segundos antes.

Sus pensamientos.

Durante los primeros instantes junto al fuego uno tiende a pensar que es una sensación agradable, pero pasados algunos minutos esa misma percepción es sustituida por agobio y sudoración descontrolada. El humo va nublando el juicio y, con él, los pensamientos.

Las pestañas comienzan a arder.

La placa estrellada arde contra el pecho más que el miedo a la muerte.

El fuego lo consume todo, dejando atrás lo viejo.